

Trabajo, cuerpo y campo de concentración: la narrativa testimonial post-traumática argentina lee la literatura de la Shoah

por Paula Simón
(CONICET – Universidad Nacional de Cuyo)

RESUMEN

Esta comunicación parte de la mutualidad entre lectura, trabajo y cuerpo para examinar un caso concreto de recepción en la narrativa testimonial concentracionaria escrita por los supervivientes de la última dictadura militar en Argentina. En textos como *Una sola muerte numerosa* (1997) de Nora Strejilevich, o *Desaparecido. Memorias de un cautiverio* (2011) de Mario Villani y Fernando Reati, son habituales los indicios de lecturas previas, especialmente aquellas escritas por testigos de Auschwitz como Primo Levi, Elie Wiesel y Jorge Semprún, entre otros. Volver a transitar la experiencia de la deportación en el acto de la escritura supone asumir un trabajo arduo que se asienta sobre la base de la violencia inscrita en el cuerpo.

TESTIMONIO – CAMPO DE CONCENTRACIÓN – LECTURA – TRABAJO – CUERPO

Estudiar la literatura testimonial del siglo veinte significa ingresar en una red de relaciones que consideran circunstancias históricas y geográficas disímiles que, sin embargo, guardan ciertas correspondencias porque se refieren a contextos de dictaduras políticas en las que un sector de la sociedad se convirtió en víctima de la violencia institucional, instrumentalizada por estados que se confirieron el poder de vulnerar los derechos civiles y humanos de los sujetos. Tanto en la Europa de los años treinta y cuarenta, como en el Cono Sur durante los años setenta, para situar dos espacios y tiempos concretos, se generalizó el fenómeno del “campo de concentración”, en torno al que se nuclearon una buena parte de esas violencias y a partir del cual se configuró un corpus literario identificado como literatura testimonial concentracionaria.

Considerar estas narrativas producidas por supervivientes de manera transversal supone acceder a una trama discursiva compleja en la que coexisten una multiplicidad de representaciones y diversos niveles de elaboración simbólica de la experiencia, desde los testimonios más apegados al código lingüístico referencial, con intención de construir un relato objetivo y racional –en algunos casos más cercanos al paradigma jurídico–, hasta las figuraciones estéticas más experimentales en las que priman la fragmentación y la desarticulación del lenguaje.

En esta oportunidad, comentaré algunos aspectos vinculados con la narrativa testimonial argentina sobre los centros de detención clandestinos instalados durante la última dictadura cívico-militar. En particular, me interesa estudiar la relevancia que adquiere la lectura en estos textos, no solo en la medida en que los narradores testigos se develan como sujetos lectores dentro del universo concentracionario, convirtiendo este hecho en un núcleo narrativo del testimonio que se reviste de diversos significados (Villani 2011: 81); sino sobre todo en cuanto los textos muestran que la lectura forma parte de la escritura, del acto de creación del discurso testimonial, que es producto de una exploración consciente sobre cómo contar una experiencia límite. Desde este punto de vista, la noción de lectura que propone Roland Barthes en “Sobre la lectura” (2009) será de ayuda para entender en qué medida el ejercicio de la lectura se involucra en el proceso productivo del testimonio. En textos como *Una sola muerte numerosa* (1996), o *Desaparecido. Memorias de un cautiverio* (2011), de Mario Villani y Fernando Reati, como así también en otros tipos de textos producidos por los testigos supervivientes (prólogos, entrevistas, etc.), se activan pistas que remiten a lecturas previas, entre las que se destaca la literatura testimonial producida por supervivientes de la Shoah (Primo Levi, Jorge Semprún,

Aharon Appelfeld, Paul Celan, entre otros), lo cual participa en la reflexión acerca del valor que adquieren algunas de esas lecturas en la conceptualización y elaboración de la experiencia traumática. Estas referencias más o menos explícitas, presentes tanto en textos como en dispositivos paratextuales (epígrafes, notas, prólogos), invitan a pensar en qué medida algunos testigos identificaron en dichas lecturas un acervo instrumental y/o teórico para configurar sus propios universos narrativos y satisfacer sus propias necesidades de escritura.

La experiencia de la lectura en la escritura testimonial

La experiencia del campo de concentración significó para los testigos una dislocación que, además de territorial, resultó principalmente física en tanto comprometió la integridad del cuerpo, a nivel individual (la represión se practicó directamente en el cuerpo de los secuestrados supervivientes) y a nivel social (el terrorismo de Estado se propuso de manera programática extirpar de la sociedad un cuerpo colectivo, una comunidad militante con una determinada ideología). Daniel Feierstein explica que

las prácticas genocidas no culminan con su realización material (es decir, el aniquilamiento de una serie de fracciones sociales vistas como amenazantes y construidas como ‘otredad negativa’), sino que se realizan en el ámbito simbólico e ideológico (2000: 113).

Por tanto, las luchas por la reconstrucción y reivindicación de ese cuerpo social vulnerado, reprimido y desaparecido se libran también en el ámbito simbólico y es allí donde la literatura interviene decisivamente. Según Gianni Vattimo, el testimonio es un tipo de discurso que pone de relieve un particular concepto de la verdad que remite pura y exclusivamente al sujeto, a “la irrepetible existencia de lo singular, su peculiar e individualísima relación con la verdad, relación con la cual la persona está totalmente, y sólo ella en el fondo, comprometida” (1999: 43). Esta característica, nominalizada por Fernando Reati como una “verdad subjetiva” (2011: 26) en contraposición al discutido concepto de “verdad histórica”, lo aleja de cualquier noción de certeza que quiera serle adjudicada desde el exterior y lo conecta de manera directa con la voluntad más íntima del sujeto, que, tras haber vivido una experiencia límite, se propone la tarea de contar, un trabajo que suele ser dificultoso y plagado de obstáculos. En los distintos contextos históricos en los que los sujetos atraviesan esta experiencia se impuso el deseo y también el deber de contar, de dar testimonio, como dos caras de una misma moneda. En la narrativa testimonial de los supervivientes argentinos también gravita la pregunta sobre cómo hacerlo, cómo recortar la anécdota y diseñar mecanismos satisfactorios que permitan plasmar la idea de lo vivido y, en ese acto, transmitirlo, hacerlo perdurar, liberarlo, asumirlo, según sea el caso.

Los testimonios en su condición de discursos de la subjetividad forman parte del ámbito simbólico en el que se libran las batallas de la memoria. En ellos, la lectura suele adquirir diversos valores significativos. Por un lado, se devela como un medio de supervivencia en el espacio concentracionario. El campo de concentración –o su variante en Argentina, el centro de detención clandestino–, la expresión máxima del estado de excepción en la que los cuerpos se encuentran en absoluta disposición del poder soberano, fue el dispositivo implementado por el Estado argentino para poner en marcha una serie de procedimientos que tenían por objetivo erradicar una porción considerable del cuerpo social. La supervivencia, por tanto, se convirtió en una excepción de la que la narrativa testimonial intenta dar cuenta. En la literatura testimonial concentracionaria del siglo veinte abundan las escenas de lectura. Un ejemplo paradigmático de esta asociación lo ofrece Jorge Semprún en *La escritura o la vida*. Este texto que recuerda su paso por Buchenwald se estructura en gran parte sobre experiencias de lecturas que el narrador recuerda y con las que dialoga constantemente mientras, de manera meta-

textual, se refiere a su propio proceso de escritura de la experiencia traumática. Muchos testigos de los centros de detención clandestinos argentinos también aluden a la anécdota de la lectura durante su secuestro y la posicionan como una instancia asociada a la posibilidad de supervivencia. Dice Mario Villani:

Hubo momentos en que nos permitieron distribuir libros en las celdas, y me acuerdo en particular de las poesías de Miguel Hernández, que me ayudaron a sobrevivir. Pero los libros que la guardia consideraba subversivos los tiraban a la basura, o les arrancaban las hojas y nos las daban a propósito como papel higiénico (2011: 81)

El recuerdo de la lectura como tabla de salvación en momentos de encierro se replica en otros testimonios. En *Redes de la memoria* (2000), un volumen pionero en su especie y previo a las políticas de derechos humanos gestionadas desde 2003, Jorge Boccanera entrevistó a nueve mujeres supervivientes de cárceles y centros clandestinos durante la última dictadura que lograron salir y marcharse al exilio. En cada caso, una de las preguntas centrales que el editor efectúa a esas escritoras se refiere a cuáles fueron sus lecturas antes y durante la experiencia carcelaria o concentracionaria, otorgándole una relevancia especial a la actividad de la lectura como una manera de reclamar su lugar en la tradición literaria. Una de las entrevistadas, María Branda, sintetizó certeramente el lugar de la literatura en su experiencia de vida:

La lectura y la palabra escrita antes de la cárcel, durante y después, han sido para mi equilibrio personal, muy fundantes (...) La ficción me coloca en el lugar más placentero, en el juego, en la fantasía. En la cárcel –aunque había censura– leí a Prevert, Martí, Joyce, Faulkner, Hemingway, Capote, Amado y hasta a Borges (Boccanera 2000: 96).

Como en esta declaración, la lectura frecuentemente aparece asociada a la instancia de la escritura y, lo expresa Branda, ambas potenciaron el deseo de supervivencia en la medida en que canalizaron la posibilidad de resistencia y de transmisión de lo vivido. En esa misma publicación, Nora Strejilevich, autora de *Una sola muerte numerosa*, ofrecía un panorama de sus recorridos de lectura y confirmaba, además, que ciertas lecturas asociadas con la representación del trauma fueron útiles a la hora de plantear su propio proyecto de escritura:

De un tiempo a esta parte me atrae lo que tenga que ver con el trauma de la tortura y la experiencia carcelaria o concentracionaria, con la memoria y el olvido. Salto de Paul Celan a Primo Levi, de Pilar Calveiro a Gelman, de Jorge Semprún a Marcela Solá, y aterrizo cada tanto en mis orillas para volver a escribir” (Boccanera 2000: 107).¹

¹ En una entrevista inédita reciente, Nora Strejilevich se explaya en su experiencia como lectora de la literatura testimonial de la Shoah: “Fui lectora de esos autores desde antes de esa eclosión”, en referencia a la eclosión de la literatura de la Shoah en Norteamérica en los años noventa. Y continúa: “Quizás porque varios de mis tíos abuelos murieron en Auschwitz (...) La lectura de lo llamado innombrable (que para Semprún, con quien coincido, es más bien invivable) es, parafraseando a Fernando Reati, una droga dura. Uno empieza a consumirla y no puede parar -el misterio del horror, de la supervivencia y del relato que siempre, tarde o temprano, se obstina en nombrar el daño son un vicio que no se ha logrado abandonar fácilmente. Por ahora, en mi caso, sigue primando la adicción. En cuanto a autores favoritos en ese terreno, son muchos. Desde ya Semprún por su capacidad narrativa, por el ritmo de su prosa que convive con certeras reflexiones (...) Además, Jean Améry por la densidad de su pensamiento y Charlotte Delbo por su potencia poética” (2015)

En su declaración, se observa una asociación muy interesante entre la lectura y el acto de escritura. Si nos remitimos al último capítulo de su ensayo *El arte de no olvidar* (2006), en el cual explica la génesis de *Una sola muerte numerosa*, encontramos una curiosa comparación. Frente al acto de escritura, la autora lo vive como una regresión al momento del secuestro e inmediatamente lo asocia con una lectura previa: “Me sentía como Aharon Appelfeld cuando explica su vida después de sobrevivir, de niño, el holocausto: ‘Parecía una resurrección extemporánea, una nueva pesadilla (...) ¿Cómo había que vivir de ahora en adelante?’” (Strejilevich 2006: 116). La lectura ofrece herramientas para nominalizar una experiencia que, por su magnitud, suele vaciarse de significantes.

En el ensayo “Sobre la lectura” (2009), Barthes propone algunos criterios para delimitar y describir la actividad de la lectura. Entre ellos, explica que la lectura está atravesada por el deseo, es decir, se trata de una actividad deseante en la medida en que involucra al cuerpo y al placer. Y luego avanza sobre la vinculación entre lector y placer para indicar que “la lectura es buena conductora del Deseo de escribir” (Barthes 2009: 55). Los testigos de la experiencia traumática concentracionaria que, en momentos post-dictatoriales se embarcaron en la tarea de la escritura, asumieron la importancia de la lectura en su ejercicio de escritura testimonial y materializaron ese deseo. La lectura se devela, entonces, como un ejercicio para recurrir a un acervo de materiales conceptuales que les permitieran encarar la tarea de la escritura. El caso de *Desaparecido...* es relevante desde este punto de vista. Si bien se trata del testimonio de Mario Villani, el texto fue escrito y editado por Fernando Reati a partir de entrevistas y numerosos diálogos compartidos con él. Reati, también él ex-presos en Córdoba, explica en el prólogo su particular relación con la narrativa concentracionaria y con la literatura de la Shoah:

Ese contacto tangencial con los centros clandestinos de detención alimentó durante años mis peores temores y fantasías. ¿Cómo había sido la vivencia de quienes estuvieron secuestrados en esos lugares inimaginables? ¿Qué se siente cuando se está encapuchado por semanas o meses, escuchando los gritos de los suplicados? ¿Se puede volver a la realidad y sacar fuerzas para seguir viviendo después de semejante experiencia? Tal vez por eso, cuando salí en libertad y me mudé a St Louis, Estados Unidos, donde me inscribí en la universidad, un curso inmediatamente me llamó la atención: el que ofrecía el inolvidable profesor Harry James Cargas (hoy fallecido) sobre la literatura del Holocausto. Más que leer, devoré las memorias y novelas escritas por sobrevivientes de los campos nazis, buscando allí respuestas a las preguntas que me venían atormentando desde la Argentina (2011: 21-22).

Por este contacto profundo con aquella literatura no asombra que en la lectura del texto resuenen ciertos conceptos, definiciones y descripciones del mundo concentracionario ya presentes, por ejemplo, en *Si esto es un hombre*, de Primo Levi, a quien Mario Villani también manifiesta haber leído. La idea del campo como un espacio en el que todo está sujeto a la arbitrariedad de sus gestores, incluso los límites espaciales entre perpetradores y víctimas es una idea que, presente en la obra del autor italiano, es uno de los conceptos que se actualiza en el texto de Reati y Villani en relación con la experiencia propia en diversos centros clandestinos:

En las cárceles legales por lo general hay una clara demarcación entre el territorio de los presos y el espacio de los guardias: estos raramente entran en los pabellones donde viven aquellos. En los campos clandestinos, esas fronteras no existen (...) En la vida diaria de los campos los guardias se comportan con los prisioneros como si fueran insectos a los que pueden aplastar, pero también pueden, de a ratos, tratar a los que someten a trabajo esclavo como si fueran compañeros: juegan con ellos al truco, les cuentan cosas de su vida, cantan y tocan la guitarra con ellos (2011: 49).

Sin que sea importante constatar fehacientemente la concreción de la lectura de Levi, ya que en definitiva cada testimonio es un discurso ficcional en la medida en que remite a una verdad subjetiva y particular, es importante entender que la lectura puede haber facilitado una vía de comprensión de un conocimiento posiblemente intuitivo de lo vivido. Si pensamos en que el superviviente pudo haber leído la obra de Primo Levi o de Jorge Semprún y pudo haber encontrado allí ciertas herramientas para conceptualizar su propia experiencia, para potenciar su comprensión del fenómeno concentracionario y del lugar que los sujetos ocuparon en ese proceso de apropiación de los cuerpos, entonces adquiere importancia la propuesta de Barthes, para quien la lectura es un trabajo en el que “el producto (consumido) se convierte en producción, en promesa, en deseo de producción, y la cadena de los deseos comienza a desencadenarse, hasta que cada lectura vale por la escritura que engendra, y así hasta el infinito” (2009: 55). Si la lectura sirvió en estos casos para poner en marcha un trabajo, un ejercicio sobre cómo contar, entonces habrá colaborado en el proceso arduo de elaboración de una memoria individual y social que continúa todavía vigente.

BIBLIOGRAFÍA

Barthes, Roland (2009). “Sobre la lectura”. *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona-Buenos Aires-México, Paidós.

Bocanera, Jorge (2000). *Redes de la memoria: escritoras ex detenidas. Testimonio y ficción*. Buenos Aires, Desde la Gente.

Feierstein, Daniel (2007). *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Feierstein, Daniel (2007). *Seis estudios sobre genocidio. Análisis de las relaciones sociales: otredad, exclusión y exterminio*. Buenos Aires, Eudeba.

Lythgoe, Esteban (2012). “Acerca de un testimonio del Holocausto argentino”. *Hayden White, la escritura del pasado y el futuro de la historiografía*, Buenos Aires, UNTREF, 200-214

Strejilevich, Nora (2015). Entrevista inédita.

Strejilevich, Nora (2006). *El arte de no olvidar. Literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y 90*, Buenos Aires, Catálogos.

Strejilevich, Nora (2007). *Una sola muerte numerosa*, Córdoba, Alción.

Vattimo, Gianni (1999). *Las aventuras de la diferencia. Pensar después de Nietzsche y Heidegger*, Barcelona, Península.

Villani, Mario y Fernando Reati (2011). *Desaparecido. Memorias de un cautiverio. Club Atlético, el Banco, el Olimpo, Pozo de Quilmes y ESMA*, Buenos Aires, Biblos.